

con los nombres propios ordinarios, ya que tienen la misma esencia y función, y sólo difieren en que los deícticos cambian de referencia con la circunstancia.

Lo notable es que Gracia no hace un tratamiento meramente lingüístico-semántico, ni saca conclusiones ontológicas de premisas lingüísticas solamente, sino un tratado de metafísica que se acompaña metodológicamente de consideraciones semánticas y epistémicas.

MAURICIO BEUCHOT

Savage, C. Wade & C. Anthony Anderson (eds.), *Rereading Russell. Essays on Bertrand Russell's Metaphysics and Epistemology*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1989.

Aunque tal vez a primera vista suene extravagante, creo que se puede plausiblemente sostener que Bertrand Russell es aún, en gran medida, un desconocido en la filosofía. Las más de las veces, cuando se discuten aspectos "técnicos" de su trabajo, se examinan, e.g., su logicismo, su Teoría de las Descripciones, quizá su construccionismo, su Teoría de los Tipos Lógicos, etc. (cuando no, desde luego, sus apasionados escritos sobre el matrimonio, la educación, la sexualidad, la política y demás temas afines). El problema es que las tesis y teorías estrictamente filosóficas asociadas con él, en las que usualmente se piensa y las que más se discuten son de hecho, en la gran mayoría de los casos, únicamente las del período clásico del atomismo lógico. Mucho menos estudiadas, comprendidas y evaluadas, en cambio, son las aportaciones que encontramos en libros como, e.g., *The Analysis of Matter* y *An Inquiry into Meaning and Truth*, no digamos ya del *magnum opus* del "último" Russell, *Human Knowledge: its Scope and Limits* (cuya traducción al español, dicho sea de paso, es prácticamente inservible). Lo extraño de la situación radica en que en los últimos libros de Russell encontramos una cantidad fantástica de nuevas ideas, de tesis de largo alcance, de análisis cuidadosos de conceptos científicos, etc. Por esta razón, este libro, que versa (básica, pero no únicamente) sobre el "último" Russell, es de una gran utilidad y realmente contribuye a llenar un gran hueco y a sentar un ejemplo. El libro se compone de 15 artículos, contiene una introducción en la que se enuncian los lineamientos generales

de cada uno de ellos y ofrece una bibliografía aceptable. Esto en cuanto a la forma. ¿Qué podemos ahora decir respecto al contenido?

No pretendo, para esta reseña, reproducir (ampliándolos) los resúmenes que el lector del libro encontrará al inicio de la antología. Creo que será más útil intentar resaltar los incuestionables méritos que, según creo, caracterizan a algunas de las contribuciones. En general, los artículos son buenos, por lo menos en el siguiente sentido: se trata de aportaciones que, de modo inequívoco, reflejan el esfuerzo de los autores por profundizar en la labor de exégesis y de análisis. Tal es claramente el caso, por ejemplo, de "On Induction and Russell's Postulates", de R. M. Sainsbury, y de "Cause in the Later Russell", de Elizabeth R. Eames, ambos bien conocidas autoridades en la filosofía de Russell. Sin embargo, los que a mis ojos son artículos paradigmáticos en el sentido aludido más arriba son los de Janet Farrell Smith, "Russell on Indexicals and Scientific Knowledge" y el de Peter Hylton, "The Significance of 'On Denoting'". Trataré ahora de hacer ver por qué en efecto lo que digo es así.

El artículo de Hylton es sumamente instructivo. Una virtud obvia que tiene es que su autor logra decir cosas nuevas sobre un tema ya muy estudiado y establecer conexiones que quizá para Russell eran evidentes pero que ciertamente no lo han sido para la mayoría de los múltiples comentaristas que se han ocupado de "On Denoting". Hylton, con habilidad y éxito, explica la teoría del lenguaje de *The Principles*, hace ver por qué la noción de denotar era de vital importancia en la filosofía de las matemáticas, pone en claro su conexión con la variable y la teoría general de la cuantificación, por ende con las definiciones (descripciones definidas) y, por consiguiente, con la noción de identidad. Hylton muestra cómo Russell siempre tuvo teorías alternativas a la de Frege y vale la pena registrar que es uno de los pocos estudiosos que detectan la importancia de la crítica que Russell desarrolla en contra de Frege en las páginas 48-50 de la edición de *Logic and Knowledge*. El trabajo contiene, además, un sinnúmero de sutilezas que hacen que su lectura sea realmente un deleite. Por ejemplo, Hylton observa que 'denotar' significa en *The Principles* una relación lógica que sólo puede valer entre un concepto y un término, pero que a partir de "On Denoting" se convierte en una relación que sólo se puede dar entre un signo ineliminable y un objeto (p. 93). O sea, en *The Principles*, las descripciones denotan y nunca denotan los nombres propios, en tanto que a partir de "On Denoting" ninguna descripción denota y sólo denotan los nombres

propios en sentido lógico. Asimismo, se nos muestra de modo indirecto por qué los problemas de ontología, cuando son abordados en serio, nunca se plantean al inicio de una investigación. Yo pienso que Hylton tiene toda la razón cuando señala que “no hay ningún signo de que Russell en 1905 estuviera muy ocupado con cuestiones de economía ontológica por sí misma. El rechazo de la teoría de los conceptos denotativos no se basó en un deseo por eliminar entidades, sino en dificultades que surgen dentro de la teoría cuando es pensada a fondo” (p. 95). Esto, obviamente, va en contra de las más arraigadas interpretaciones de la obra de Russell y tiene, por ello, un gran mérito. Como es obvio, nada de esto quiere decir que la Teoría de las Descripciones no tenga consecuencias ontológicas, pero esto naturalmente es otro asunto. El autor desarrolla además las consecuencias de la teoría respecto a la forma lógica, el análisis y la naturaleza misma de la filosofía. En general, yo diría que lo que Hylton nos da es una estupenda reconstrucción racional de las dos teorías de Russell que él considera.

Como era previsible, no está implicado que todo lo que Hylton afirma sea, sin más, aceptable. Por mi parte, distingo tres áreas en donde la duda puede infiltrarse y la crítica hacer mella. La primera es la atrevida aseveración en el sentido de que la Teoría de las Descripciones “cambia el contenido de las entidades que debe haber en las proposiciones correspondientes a las oraciones (...), pero no cambie la explicación de las entidades que deba haber en el mundo para que las oraciones sean verdaderas” (p. 101). Esto lo repite Hylton un poco después como sigue: “Russell usa la teoría de las descripciones para eliminar objetos físicos de las proposiciones expresadas por ciertas oraciones que podría parecer que son acerca de objetos físicos, *sin dar el paso suplementario de eliminar del mundo a los objetos físicos*” (p. 102. Énfasis mío). Esto es una interpretación muy semejante a la de Max Black (véase su contribución al volumen editado por P. A. Schilpp, *The Philosophy of Bertrand Russell*). El problema con esta interpretación es que ignora por completo el principio de conocimiento directo (*acquaintance*) y hace redundante todo esfuerzo de lo que se llegó a conocer como ‘análisis vertical’. Si la interpretación de Hylton es correcta, entonces el (breve) fenomenalismo de Russell de, e.g., *Our Knowledge of the External World*, es absolutamente inexplicable.

Otra cuestión debatible es la referente al punto terminal del proceso de análisis. De acuerdo con Hylton, “el análisis es completo

cuando se ha alcanzado la verdadera forma de la proposición, pero Russell no tiene un criterio claro de cuándo ha sucedido esto” (p. 108). A mi entender, Russell sí tiene dicho criterio: el análisis termina cuando la conjunción de las proposiciones que de él resultan constituyen una definición de la proposición original, esto es, la implican y a su vez están implicadas por ella. Así, pues, por lo menos formalmente, Russell tiene una respuesta a esta objeción.

El último punto controvertible que deseo mencionar tiene que ver con la relevancia de la Teoría de las Descripciones para la resolución de las paradojas. Hylton se inclina por la idea de que la conexión entre las paradojas y la teoría de Russell no es ni siquiera obvia (p. 101). Una interpretación contraria, bien argumentada y presentada de manera sucinta y clara, se encuentra en, *e.g.*, el libro de Ch. Chihara, *Ontology and the Vicious Circle Principle*. Pero habría que decir que más que un error por parte de Hylton, las diferencias de comprensión proceden de diferencias de énfasis en distintos aspectos de la labor de Russell. Independientemente de las reticencias que se puedan tener para aceptar este o aquel punto de vista defendido por Hylton, lo cierto es que su artículo, que me parece magistral, pertenece sin duda alguna al grupo de los trabajos clásicos sobre el tema y entre los cuales habría que incluir al de D. Kaplan (“What is Russell’s Theory of Descriptions”) y la sección correspondiente en el artículo de M. Weitz, “Analysis and the Unity of Russell’s Philosophy”.

La contribución de Janet Farrell Smith (“Russell on Indexicals and Scientific Knowledge”) tiene como tema la exposición y la discusión del papel que en la teoría de *Human Knowledge* juegan los deícticos (*indexicals*) en la gestación y fundamentación del conocimiento científico. El objetivo que Farrell Smith se plantea (y que a mi modo de ver alcanza) es el de hacer ver por qué el enfoque russelliano del lenguaje y la experiencia lo compromete con la idea de que los deícticos son en último análisis indispensables para dar cuenta del conocimiento y por qué la eliminación en ciencia de toda referencia a la subjetividad y la ostensión representa, en el fondo, un ideal imposible. La autora debidamente recoge lo que, en la teoría de Russell, son los rasgos esenciales de los deícticos. De acuerdo con ella, éstos son:

- a) Los deícticos cambian de denotación en función del hablante, el lugar, el momento y la ubicación

- b) Los déicticos designan sin describir
- c) Para designar a la denotación de un déictico se puede usar un nombre en sentido estricto
- d) El *denotatum* de un déictico es conocido directamente a través de los sentidos
- e) Lo que los déicticos designan (o denotan) son particulares.

Farrell Smith reconstruye fielmente y examina el núcleo de la crítica de Russell a Carnap (elaborada en *Human Knowledge*), así como las de Bar-Hillel a Russell, y con lucidez detecta dos puntos problemáticos en el programa de este último. En primer lugar, está el problema del doble papel que Russell hace desempeñar a los déicticos. Por una parte, “significan las experiencias personales subjetivas del percipiente” (p. 123); pero por la otra, sin embargo, dado que el conocimiento científico es fundamentalmente un conocimiento estructural (tesis ésta expuesta por vez primera en *The Problems of Philosophy*) y los déicticos son indispensables al conocimiento científico (en hacer ver esto consiste la crítica de Russell a Carnap), entonces se tiene que inferir que “los déicticos están involucrados en estas correlaciones estructurales” (p. 123). Evidentemente, esto va a generar tensiones entre las ambiciones y los logros posibles del programa russelliano, pues (entre otras cosas) Russell tendrá que demostrar, primero, que (en el caso de un mismo hablante) es posible la identificación ostensiva privada y, segundo (suponiendo *per impossible* que ello es factible), que también los múltiples hablantes coinciden en cuenta a la referencia de sus respectivas identificaciones privadas. La autora muestra de modo convincente que, en ambos casos, Russell parece tener que enfrentarse a problemas insolubles.

Farrell Smith reserva toda una sección de su artículo a la discusión de una de las cuatro tesis importantes de Russell respecto a los déicticos y que es particularmente provocativa. En realidad, nosotros podemos reducir las cuatro tesis en cuestión a dos, a saber:

- a) Los déicticos son reemplazables por descripciones coordinadas, pero sólo hasta cierto punto (*i.e.*, son ineliminables)
- b) Los déicticos son interdefinibles (*i.e.*, ningún déictico es básico).

El punto importante en torno al cual se centra la exposición de Farrell Smith es que, dado que de acuerdo con Russell las reducciones de unos deícticos a otros son posibles, “todas las reducciones son meramente lingüísticas, no ontológicas” (p. 129). Siguiendo una sugerencia de Bar-Hillel, Farrell Smith analiza la tesis de Russell y trata de mostrar que ciertos reemplazos deberían valer, pero de hecho no valen. Por ejemplo, parecería que no es cierto que, en ‘yo tengo hambre’ el deíctico ‘yo’ pueda ser reemplazado por, *e.g.*, el deíctico ‘esto’ y, por consiguiente, no parece ser cierto que podamos transformar nuestra aseveración original (obviamente, sin pérdida de información) por ‘la persona que atiende a esto (*i.e.*, esta experiencia) tiene hambre’, lo cual debería ser el caso si Russell tuviera razón. El núcleo de la objeción radica en hacer ver que hay dos lecturas posibles de la segunda oración y que en ambos casos ésta es ambigua de un modo en que no lo es la primera. Según Farrell Smith, ‘la persona que tiene esto’ tiene de hecho usos referenciales diferentes, en función de quien sea el usuario de la expresión. En mi opinión, esta no es una objeción que pudiera afectar mucho a Russell y ello por la sencilla razón de que lo mismo se puede decir de la primera oración: el referente de ‘yo’ cambiará con el usuario. Además, como bien señala Farrell Smith, Russell siempre puede responder diciendo que él no reconoce que tenga sentido afirmar que las descripciones pueden ser usadas para denotar. La segunda lectura de la oración, empero, nos lleva al corazón del problema. En esta segunda lectura, a ‘esto’ se le toma para designar la conciencia del hablante” (p. 130), pero entonces, para decir lo mismo que se decía con la primera oración se tendrá que volver a introducir una palabra que, de uno u otro modo, haga alusión al sujeto. Así “la primera persona ‘yo’ o ‘mi’ es reintroducida subrepticamente en la descripción definida deíctica reemplazante, ‘la persona que atiende esto’” (p. 131). Si Farrell Smith tiene razón, la crítica a Russell es demoledora, pues tendría como consecuencia drásticos cambios para su ontología y su epistemología. No estaría de más señalar, creo, que la posición contraria a la de Russell también parece estar afectada por complicaciones considerables. Aunque desafortunadamente la autora no desarrolla el tema, ella parece sugerir que una jerarquización de deícticos es posible (o necesaria) y es claro, por una parte, que ella privilegia a ‘yo’ y, por la otra, que ello también tiene consecuencias metafísicas importantes. Por eso no deja de ser sorprendente el que, al resumir sus conclusiones, la autora sostenga no sólo que “la tesis de

la interdefinibilidad en su forma fuerte, que sostiene que cualquier deíctico puede reemplazarse por otro sin pérdida de información, puede considerarse como dudosa” (p. 133), en relación con lo cual parece tener razón, sino también que “la tesis de que los deícticos pueden reducirse a un único primitivo, en aras de un vocabulario mínimo, puede por lo tanto ser cuestionada” (p. 133), pues su propia crítica sugiere más bien lo contrario. El diagnóstico general y la fuente de los problemas de Russell quedan muy bien recogidos hacia el final del trabajo. “El problema de Russell se deriva de su fusión de la relación epistemológica entre expresiones deícticas y su *designata*. Para preservar el elemento de subjetividad en la conciencia perspectival, Russell enfatiza su naturaleza privada. Pero si el *designatum* es privado ¿cómo es posible la comprensión intersubjetiva de deícticos?” (p. 134). El trabajo de Farrell Smith es excelente, por cuanto no se limita a parafrasear a Russell, sino que contiene discusiones de puntos cruciales, están detectados los problemas básicos, etc. e, independientemente de todo lo crítico que pueda ser respecto al programa de este último, suscita el interés por parte del lector y da una idea de lo que eran las ambiciones filosóficas de Russell y de las magnitudes de su obra.

El resto de los artículos que componen esta antología a grandes rasgos se divide, desde el punto de vista de la temática, en cuatro grandes grupos. Hay trabajos de lógica (los de Goldfarg, Cocchiarella y Hochberg), de filosofía del lenguaje (Fumerton), de teoría del conocimiento (Savage y Pears), filosofía de la ciencia (Demopoulos y Friedman, Sainsbury, Earman, Hawthorne, Anderson y Eames) y un bonito texto de Kenneth Blackwell intitulado “Portrait of a Philosopher of Science”. Se trata, pues, de un libro completo y especializado a la vez. La evaluación global que me parece pertinente es que la antología que se nos ofrece rebasa ya el marco tradicional de las discusiones sobre la filosofía de Russell. En este libro ya han quedado atrás las afirmaciones fáciles y los lugares comunes. Es, pues, un libro en relación con el cual lo único que se puede hacer es darle la bienvenida.

ALEJANDRO TOMASINI